

El discurso del senador Miguel González Avelar en el aniversario del nacimiento de Morelos aclara sin lugar a dudas la naturaleza de lo sucedido a la obra de Vicente Leñero sobre el cura de Carácuaro. Y lo que pasa es, al mismo tiempo atemorizador y preocupante.

En referencias inequívocas a Leñero, González Avelar, especialmente escogido para salir en defensa de un héroe al que nadie puede válidamente disminuir (lo que hace por consiguiente incesaria la defensa) dejó que su retórica se cargara de acedías: "parte del martirio de nuestros héroes ha sido el comparecer ante el amañado tribunal de algunos de sus exégetas y afrontar sus emboscadas documentales. Mal informados y confundidos unos; aviesos herederos de sus enemigos, otros; algunos más hambrientos de notoriedad..."

En circunstancias normales, un texto laudatorio a Morelos hubiera pasado inadvertido. Centenares de piezas huera y repetitivas se han pronunciado en la Ciudadela y en Ecatepec y ese ha sido su destino. Lo que confirmó particular notoriedad a éste fue el episodio que concluyó, por ahora, con la puesta en escena de *El martirio de Morelos*, en un pequeño local de la Universidad Nacional.

Programada la obra, que requirió una muy alta inversión y era dirigida por el responsable del teatro universitario, no puede decirse que era un montaje clandestino. Todo hubiera sido normal de no ser porque alguna chispa de miedo y oportunismo se encendió por allí y provocó un pequeño gran incendio. Cuando el estreno era inminente, el director de difusión cultural alegó problemas de seguridad, en una puesta en escena política paralela a la que debía tener lugar en el teatro Juan Ruiz de Alarcón: anticipada y *espontáneamente*, sin conocer la escenificación, diversas agrupaciones de devotos de Morelos se manifestaron incómodas por la representación de

El martirio de Leñero

2-Oct-1983

Miguel Angel Granados Chapa

una obra que presuntamente agraviera la memoria del héroe. Sólo eso hicieron, pero el director de difusión indujo de ese hecho que la integridad física de los actores y autores quedaba por ello en riesgo y prefirió suspender indefinidamente la obra. Se vio pronto que era una mentira el argumento invocado, porque simultáneamente se dispuso desmontar la costosa escenografía que la obra requiere, maniobra innecesaria si se tratara en verdad de sólo un aplazamiento, toda vez que el escenario no podría de todas maneras destinarse a otro uso.

Se supuso, por ello, que era el temor de ofender no a Morelos, sino al Presidente de la República, quien admira singularmente al Siervo de la Nación, y el oportunismo de hacerle el regalo de una prohibición, lo que promovió la suspensión de la obra. El asunto tomó así el claro cariz de un acto de censura política. Más tarde se convertiría en un sainete. Las presiones de diversos géneros sobre los responsables de la bárbara decisión (pues no era sólo el director de difusión cultural el que la tomaba, sino también su jefe, el coordinador de extensión universitaria, quienes la asumieron desde sus baluartes burocráticos) forzaron una retractación y luego una retractación de la retractación. Se anunció que los cuerpos colegiados de la Universidad decidirían si la obra se montaba o no. Hasta se fijaron tentativamente fechas para tres funciones que de haberse realizado hubieran sido el momento fundacional de una nueva manera de tomar decisiones en la Universidad Nacional. Nueva manera que sería enormemente engorrosa si,

por ejemplo, los asistentes condicionaran su voto a que tal escena o tal parlamento fuesen, digamos, suprimidos o modificados. El engendro que de ello resultaría no es para ser descrito. O al contrario: si el Consejo Universitario toma esta labor con la ligereza con que, en unos cuantos minutos, aprueba el multimillonario presupuesto de la institución, su juicio resultaría poco valedero.

Pero esas funciones no se realizaron. Olvidado de que el anuncio correspondiente estaba hecho, y creyendo que todo el mundo lo había olvidado, y como si nada anormal hubiera acontecido, el viernes 23 de septiembre se avisó que la obra se presentaría, no faltaba más, pues todo es, en la Universidad, vigencia de las libertades de creación y expresión. ¿Pues no que un problema de seguridad era lo que determinaba el aplazamiento? ¿De dónde salió el asunto de la libertad, que las autoridades no habían admitido que existiera?

La obra está ya, pues, en cartelera. El enojo gubernamental debió entonces expresarse y la tarea correspondió al senador González Avelar, líder de su cámara, ex colaborador personal del Presidente y *morelista* como él. Asusta ese enojo y el modo de expresarlo, porque revelan una sensibilidad exacerbada. Preocupa que las autoridades de la universidad sean tan dúctiles ante el presunto escozor oficial y se plieguen a él. Conforta, en cambio, la vigorosa defensa de la libertad hecha en amplios sectores. En este mismo lugar, por ejemplo, Fernando Benítez ha pasado por alto sus agravios personales con Leñero y ha clamado por su derecho a expresarse. Este lo tiene y lo ejerce, aunque no se admita la falta de rigor de su obra ni se esté de acuerdo con el juicio que el lector o espectador desprevenido puede en efecto formarse sobre Morelos.

Por lo demás, un agudo asistente al estreno me dijo que lo mejor de la escenificación son los caballos.